del amor que por tí abrigo.
Partió Juan, y, alborozado,
no bien de Madrid salió,
el espejo consultó,
por la duda atormentado.
Y al contemplar á su dama
rojos de llorar los ojos,
dijo, entre dichas y enojos:
—¡Qué hermosa y cuánto me ama
Rodó el tren; y en la estación
próxima volvió á mirar
al espejo y á exclamar:
—¡Prenda de mi corazón!
Y así pasaron los días;
y Juan, mirando al espejo,
hallaba en cada reflejo
nuevos goces y alegrías;
pues Juana, pensando en él,
por él seguía sufriendo,
y, por consiguiente, siendo
á su amor constante y fiel.
Por este motivo, aun cuando
la vió una noche en el Real,
exclamó:—¡Es muy natural!
No ha de estar siempre llorando.
Y aun la creyó un querubín,
un día en que vió á la hermosa
buscando en un mapa, ansiosa,
hacia dónde cae Pekín.
Mas no quedó tan ufano
cuando vió en su confidente
que Juana, tranquilamente,
tocaba un vals, al piano;
y que con creciente afán
y mucha galantería
las páginas le volvía
un apuesto capitán.
Comenzaron sus desvelos,
y miró con más frecuencia
al espejo; la evidencia
buscando para sus celos.
Y otro día, por su mal,
la vió ¡y cuán hermosa estaba!
que, con *el otro*, cruzaba
la pradera del Canal.
De ira y de celos rugió;
mas luego dijo:—¡Impostura!
si pensaba ser perjura,
¿por qué este espejo me dió?
Pero al mirar otra vez,
en lo espeso del Retiro
la vió, lanzando un suspiro,
roja de rubor la tez.
Aún en su amoroso afán,
tal desgracia no creía;
que tan buena fe tenía
en esto de amores, Juan.
Mas, por fin, una mañana,
miró; frunció el entrecejo,
y arrojó de sí el espejo.
¿Qué estaría haciendo Juana?

Fernando Soldevilla.

ESTABLECIMIENPO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid



PRECIO DE LA CAJA:
Dos pesetas
De venta en todas las buenas farmacias de España.

Si los Previsores del Porvenir tienen 117.300 socios obligados á pagar cuota mensual, ¿cuántos tendrá *Hispan Trust* cuando sepan que pueden librarse del pago de dicha cuota y de la contribución sobre alquileres, teniendo, además, derecho á otras combinaciones beneficiosas sin que le cuesten un céntimo?...
PRINCIPE, 14
De 10 á 12 y de 4 á 6

LA HOJA DE PARRA ✤ REVISTA FESTIVA ✤
APARECE LOS SÁBADOS
Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes
Oficinas:
MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO
Apartado de Correos número 547
MADRID

AÑO I. Madrid, 18 de Noviembre de 1911. NÚM. 29



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
ALEJANDRO LARRUBIERA
El eterno cuento.
GONZALO CANTÓ
Tenoriadas.
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT
Castamente...
EL CONFESONARIO
Artículos de LOLA VELA y JULIO RUIZ
FERNANDO MORA
Traición.
RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO
Jugar con fuego.
MANUEL SORIANO
Los hombres de bien.
JULIO MATA
El hombre terrible.
TOVAR, CYRANO, SANCHA y ALFONSO

Caricaturas y retratos de Nenita, Amalia Ruiz, Lola Vela, Jacinto Banavente, Julio Ruiz, Manolo de la Torre y otros dibujos.

5 cénts.



NENITA

Gentil «divette», española y castiza, que en breve debutará en el Salón Madrid.



DONDE MENOS SE PIENSA...

SALTA UNA ACUSACIÓN CONTRA LA PRENSA

Hoy se mira
mucho por
lamentira
del pudor,
al extremo
que el fiscal
del Supremo
Tribunal
se ha creído
en el deber
consabido
de poner
cortapisas
al que, con
sus «sonrisas»
de «guasón»,
pone en solfa
la virtud (?)
de esta «golfa»
juventud
del risueño
mundo actual,
¡pese al ceño
del fiscal!...

✠

Siempre dura
fué la ley
del «procura-
dor del Rey»;
pero, en este
caso actual
(no moléste-
se el fiscal),
no me explico
tal rigor
contra un chico
«sonreidor»
como «menda»;
ni aquí hay
quien lo entienda,
¡qué caray!;
ni se puede
concebir
que nos vede
«sonreir»,
como si esto
fuera un mal,
ese gesto
del fiscal...

✠

Las ofensas
al pudor
(¿á que piensas
tú, lector,
tan propenso
á sonreir,
cual yo pienso?)
de existir,
[se han pagado
ya en papel
del Estado
siempre que el
juez decreta
la sanción
del poeta,
por «guasón»;
y por eso
juzgo, pues,
un exceso
que—después
que castiga
el Tribunal—
nos persiga
así el fiscal...

✠

Se comprende
que el pudor,
si le ofende
«servidor»—
por desgracia—
alguna vez,
pida gracia
«cabe» el juez;
mas yo os juro,
por mi honor,
que es tan puro
mi candor
y es tan «tierna»
la virtud
de mi eterna
juventud
todavía,
que la por-
nografía
me da horror
en extremo:
por lo cual
nada temo
del fiscal
del Supremo
Tribunal...

Carlos Miranda.

EL ETERNO CUENTO:

No llores más... Todas las mujeres que pasaron el famoso puente que—según el poeta—separa á la Eva inocente de la Eva pecadora, dicen lo mismo y se lamentan de su ignorancia: «¡Era yo tan niña!» «¡Me engañó!» «Me dijo...» «No supe el riesgo que corría.» ¡Eternas frases!... Siempre queréis quedar como santas seducidas por un Lucifer de garrida presencia, con buenos bigotes y mejores ojos... Luego lloráis de rabia, no por lo pasado, sino por lo porvenir, como chico que comete una diablura y llora por a cachetina que el lance puede costarle.

¿Que él sólo, el «infame»—como tú le llamas—tuvo la culpa? ¡Quiá!... La mayor parte la tenéis vosotras... ¿Por qué?

Escucha una historia, que viene aquí como de molde.

I

Epoca: la más fastuosa del imperio romano.

Lugar: el templo de Vesta.

Protagonista: Felia, vestal.

Como prototipo de la perfección femenil citaban á Felia los romanos, y cuando seguida del líctor se presentaba en el público, todos los labios modulaban esta frase: «Ahí va la elegida de Júpiter, la más hermosa de las mujeres.» Y nobles y plebeyos, esclavos y libertos, la dirigían miradas codiciosas.

Pero de ahí no pasaban, que harto conocida era la ley de Numa para que cualquier romano se atreviese siquiera á decir «buenos ojos tienes» á ninguna vestal, así gozase de más hermosura que la mismísima Venus; que por mucho que valga una mujer, en el propio egoísmo vale más la existencia, y no era cosa de aventurarse á perderla á azotazos y á que enterrasen viva á Fulanita porque faltó al voto de castidad que forzosamente había de mantener durante los treinta años de sacerdocio.

No obstante, dispusieron los hados que un caballero griego llamado Caltus, joven, rico, arrogante y decidor, un Don Juan de la antigüedad, se enamorase de la «elegida de Júpiter».

Amor—según afirma Ovidio, gran maestro en tan secreta ciencia—salva todos los obstáculos, y cuanto más firme, mayor es su goce en vencerlos. A nuestro caballero púsosele entre ceja y ceja que la tan ponderada virgen por él quebrantase los juramentos que la hacían inasequible al amor, y después de pedir á todos los dioses mayores y menores del Olimpo que fueran propicios en tan disparatada empresa, y después de gastarse un caudal en ofrendas para mejor contentarlos, se lanzó con más ánimo que prudencia á la conquista de la virginal sacerdotisa.

En pasadas como en modernas edades, el dinero hizo siempre el milagro de transformar el deber en servidumbre y el hierro en blanda cera. Gracias á tan poderoso auxiliar, cierta noche logró Caltus ver en el mismo templo á la dueña de su albedrío.

A la mujer, todo atrevimiento la conquista, todo riesgo la conmueve, todo peligro la vence: al principio Felia mostróse acero á las súplicas del galán, hielo á sus apasionamientos. Invocó la santidad del sitio en que se encontraba, el terrible desenlace á que la exponía la aventura y otras cosas no menos razonables; pero concluyó por ablandarse, por ser miel y por ser fuego, no pareciéndole tan terribles los peligros que la cercaban, con lo cual dicho queda que continuó la entrevista tan suavemente, que Caltus—una vez en su casa—bendijo á los dioses *in mente* ofreciéndoles suntuosas fiestas y sacrificios, sin calcular—¡oh, fe de los mortales!—que no á los olímpicos seres, sino á su propio apasionamiento, á su riesgo, gallardía y juventud debía tan señalado triunfo.

Avistáronse Caltus y Felia una y más veces: algo más embriagador que el vino de Corinto, algo más dulce y más sabroso que las mieles del Himeto contenían las amorosas charlas, porque siempre separábanse los enamorados suspirando de pena porque tan pronto la aurora destejía los velos de la noche.

Y en una de ellas, el fuego sagrado de

NUESTRAS COCOTAS

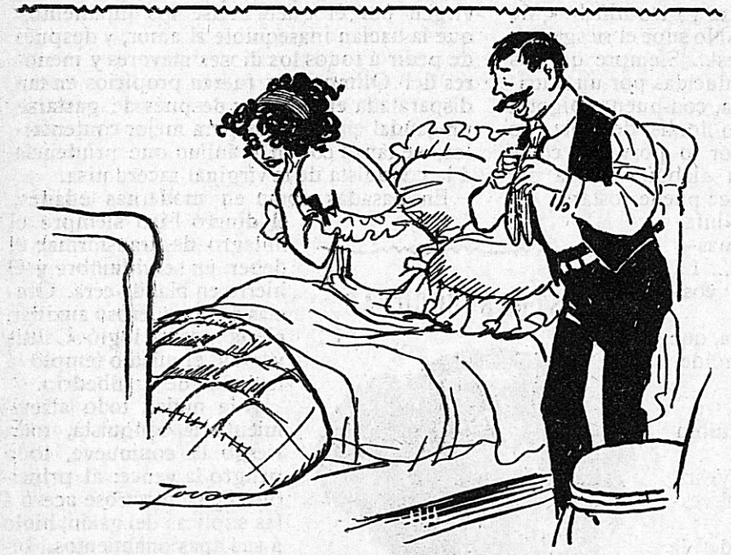


AMALIA RUIZ

Vesta chisporroteó lúgubremente y el marmol pentélico de que estaba hecha la estatua de la casta diosa pareció agotarse, como si la indignación penetrara en sus poros.

II

La más hermosa mujer de Roma, la más codiciada vestal, había arrojado ante la pa-



Ella.—¡Has venido á manchar esta mansión honrada!
El.—Mejor; eso favorece á tu marido. ¡Hay precedentes!...

sión el escudo de su pureza, como gladiador ante formidable rival. La ciudad de los Césares comentaba con tonos vivos y frases no muy caritativas su perjurio. El Senado había la condenado á morir enterrada viva. Ignorábase el nombre del seductor. Felia no había querido delatarle.

Lo único que dijo á sus jueces, con entereza que confirmaba el temple de su alma, fué:

—Jamás saldrá de mi boca el nombre de mi amante... Por los dioses os juro que él no tiene culpa. Fuí yo que le admití; yo que con mis ojos le atraje, yo que con mis labios le seduje, yo que con mis brazos le encadené á mí... Juzgadme vosotros. No impetro gracia: la mujer que se entrega á su amante lo hace por algo de invencible curiosidad, por un exceso de pasión, porque la arcilla nuestra está amasada con fuego y en el fuego del amor cae para reproducirse... Mis labios jamás se mancharon con la mentira... Antes que vestal era mujer, antes que sacerdotisa, hembra: los hados, adversos á mi vida, pusieron junto á mí un hombre dotado de la hermosura de Júpiter, de la arrogancia de Hércules, tan apasionado como Cupido... Latió mi corazón al verle; mis brazos hacia él se tendieron... Soy criminal porque no he sabido resistir mi natural flaqueza ni ocultaros mi deshonra. La hipocresía la desconozco... Llevadme al suplicio, rasgad mi túnica, que Roma entera maldiga mi memoria, que los dioses me transformen en lo más inmundo, y ni una queja, ni un ¡ay! demostrará que me arrepiento de lo hecho: que el amor, tal se apodera de las débiles mujeres, que, si por él sufren, ni le maldicen ni se arrepienten... ¡Que Vénus me ampare, ya que me prestó su cíngulo para un momento de suprema felicidad!...

. . . . . .

La ley se cumplió en todas sus partes.

✠

Y ahora, ¿te atreverás á sostener que él sólo—el «infame» como tú le llamas—tuvo la culpa?

Alejandro Larrubiera.

TENORIADAS

Huyó Inés con Serafín
y hoy llora sus desventuras...
¡cuántas como éstas tan... puras...
tuvieron el mismo fin!

✠

Con tres á un tiempo, Consuelo
se la pega á su marido.
¡Garza que nunca del nido
tender osastes el vuelo!

Gonzalo Cantó.

CASTAMENTE...

(DE LAS MEMORIAS DE UN TENORIO VIEJO)

Cuando salté del tren en el apeadero que servía de estación al pueblecillo donde mis aficiones cinegéticas me llevaban, confieso que sentía latir un poco apresurado mi pobre corazón de Tenorio maduro, que, como ha vivido mucho, tiene muchoque recordar. Tal vez de todas las aventuras que alegraron mi borrascosa juventud, aquella era la que había dejado en mí el aroma más intenso y que mejor se conservaba al través de los años: aroma á tomillo y á romero, á espliego y hierbabuena, pero fresco y sano. En mi existencia de conquistador impenitente hubo, como en la del auténtico Don Juan, de todo. Como el héroe de Zorrilla, pude decir con verdad:

Yo á los palacios subí
y á las cabañas bajé

. . . . . .

Pero lance como aquél no recuerdo otro.

Aventureras en papel de grandes damas y grandes damas en papel de aventureras; beldades frágiles, que resbalaban entre risas, y honestas matronas de la clase media, que se dejaban caer con un suspiro de pena y evocando temerosas el pavoroso fantasma de la condenación eterna; cocotas de alto copete, trotacalles, mozas de rompe y rasga, modistillas pizpiretas, tímidas señoritas que cantaban al piano la *Stella confidente* y el *Vorrei moirre*, lagartonas corridas y niñas impúberes... tejían la guirnalda de mis sueños pecadores, y, sin embargo, entre tantas imágenes, se destacaba la de Rosa, la hija de aquel guarda de mi finca Los Pardillos.

No porque físicamente fuese una maravilla, no. Era, eso sí, frescota, bizarra, alta, de curvas opulentas, dientes blancos y abundante pelo negro. Los ojos, un poco huraños...; cierto que por más que hice en el transcurso de nuestros retozos, repetidos en las varias excursiones que en aquellos tiempos realicé á la finca, no conseguí tropezar, ni una sola vez, con su mirada; si bien he de confesar que la concisión espartana de su palabra ganaba á lo huraño de sus ojos. Pero para la orgullosa fanfarronería de mis veintitrés años, hallaban sobrada compensación, no en la facilidad (facilidad no sería adjetivo adecuado), sino en la presteza con que se plegaba á mis caprichos amatorios. La verdad es que la moza parecía hallar singular deleite en los juegos que en honor de la madre Venus celebrábamos en las frondas del jardín. Porque, eso sí, en medio de sus galantes aventuras, guardaba un pudor salvaje que le hacía ocultar sus rubores en el propicio secreto de los boscajes. Aquel instintivo sentimiento y el rústico camarín que brindaba refugio á nuestros amores, no eran sino alicientes que añadir á mi idilio. Para mí, acostumbrado á mujeres que se desnudan *sabiamente* y tomaban ante el espejo posturas de estatua para resaltar la peregrina perfección de las formas conservadas á fuerza de trabajos de la amasadora, la ninfa montaraz, con su corpiño de terciopelo, recio canastillo guardador de las codiciables pomas, y sus refagos de lana, tenía un acre encanto.

En honor de la verdad, he de confesar que á otros atractivos no unió el de la suave y graduada resistencia. Fué una Galatea que resbaló á la primera carrera. Sin dengues ni espantos se dejó tomar como se deja coger la amapola en el prado y la rosa en el rosal. Ni molesta, ni interesada, ni romántica, jamás me persiguió con sus querellas y suspiros.

Se quedaba buenamente allí, durante mis ausencias, como un elemento más del agreste paisaje. Cuando volvía, la encontraba siempre en el mismo lugar, fresca y rosada como una manzana que estuviese al alcance



JACINTO BENAVENTE

que el martes hizo en la Comedia de «Tenorio», «portándose» muy bien...

de mi mano. Y mis visitas menudearon. Siempre que, cansado de fáciles y complicados amores cortesanos, deseaba sano reposo campesino, largábame á Los Pardillos, y allí tornaba á encontrar á la guardesa.

✠

Habían pasado ocho años sin que yo, entrenido en viajes y amores, hubiese vuelto por la finca. Y, sin embargo, el recuerdo de Rosa no se había borrado de mi memoria. ¿Se acordaría ella de mí aún? ¿Qué efecto le causaría mi presencia? Sin darme yo mismo cuenta, acariciaba la ilusión de no sé qué sentimentales escenas perfumadas de tomillo, bajo el romántico claro de luna.



—No agradeces que me haya sacrificado por tí, faltando á mi marido. Verdad es que estoy acostumbrada á sacrificarme por todo el mundo.

Así es que en cuanto divisé al guarda, y tras de algunas banalidades para disimular, le interrogué:

—¿Y la Rosa, tan guapetona?

El padre sonrió satisfecho del elogio:

—*Sa casao* con *el* Julián.

Sentí una sensación, que no quise confesarme á mí mismo, de contrariedad. Y silenciosa, mal impresionado, como si mi viaje, en vez de tener por objeto los negocios, no hubiese tenido más finalidad que retozar con la guapa hembra, seguí mi camino hacia la casa.

A la puerta divisé á la antigua amada. Había engordado y sus formas adquirido una opulencia matronil no exenta de encantos. Me saludó servicial, alegre, con franca jovialidad campesina, sin que ni la leve sombra denunciase turbación de recuerdo. Pero, ¿era la misma? Al verla apoyada en el quicio de la puerta, la frente cándida bajo los bandós hieráticos, más parecía cristiana esposa, que sólo al esposo con quien la unieron en los altares tuvo trato, que caprichosa faunesa que un día hizo al bosque testigo de sus liviandades.

Yo, gran conocedor de las almas femeninas; yo, que jamás me sorprendí ante los neuróticos desplantes de las princesas eteromanas, y las madamas enfermas de snobismo, sentíame desconcertado ante aquella serenidad. ¿Era indiferencia? ¿Olvido? ¿Disimulo? La interrogación que guarda toda mujer, se abría formidable ante el misterio.

El vividor aposentado en mí se sobrepuso al fantaseador y me encogí de hombros. ¡Bah! Ocasión habría de interrogar á la esfinge y de modo que no diese lugar á dudas.

✠

Bajo la lluvia de sol que me hacía sudar á mares, caminaba sendero adelante camino de Los Pardillos, arrostrando valerosamente una insolación, á trueque de verme solo con la garrida guardesa. Mientras, bajo el fieltro del tirolés, mi rostro ardía, evocaba la escena que se brindaba á mi imaginación como cartón de un tapiz de Teniers.

Veía la cocina campesina con su gran campana, bajo la que ardían los troncos de rubí haciendo hervir los pucheros del yantar sencillo y abundante como los festines de las bíblicas bodas. Veía la moza, el rostro grana por el reflejo del fuego, un poco anhelante el amplio pecho, incitadoras las curvas y ligeramente alborotados los castaños bucles.

Llegaba. Transpuso el umbral, y á mi vista se ofreció el cuadro soñado. Allí estaba Rosa, fresca y lozana en el matronil reverberar de su belleza bravía. Me acerqué cautelosamente, y cogiéndola desprevenida, estampé un beso en su nuca. Lanzó un débil grito, retrocedió un paso y, girando rápida, nos hallamos frente á frente.

El entrecejo, fruncido; apretados, los labios; los ojos, más hoscos que nunca, y crispados los puños en actitud defensiva, tenía cierto encanto guerrero de amazona primitiva, que fué acicate espoleador de mis deseos.

Por un momento permanecimos mintiéndonos con los ojos: yo, próximo á saltar sobre mi presa; ella, decidida á defenderse, como dos habitantes de la edad de piedra. Al fin, el Lovelace, que vivía en mí, se impuso al hombre primitivo, é interrogué ensoñador:

—¿Tan viejo estoy, que ya no quieres nada de mí?

Desconcertada, fuera ya de su terreno balbuceó, sin responder á mi pregunta:

—¡Por Dios, señorito! ¡Váyase; mire que pueden venir!

Comencé á sospechar que en aquella resistencia no había sino el miedo de verse sorprendida.

—¡Bah! ¡Mujer, no seas miedosa, tranquilízate! Están en el monte y no vienen.—Y como ella callase, continué:—No no nos ve nadie.

—¡Nos ve Dios!—aseguró con firmeza, y añadió—: ¡Yo soy una mujer honrada!

Vagamente, burlado ante aquella extemporánea honradez, permanecí perplejo. Al fin pensé que el mejor argumento para la esquiva serían las vías de hecho, y me acerqué decidido á tomar á la fuerza lo que de buen agrado me negaba.

De un salto puso ella la mesa entre ambos, y cogiendo una escopeta, me apuntó:

—Estese quieto ó disparo. A mí no me toca nadie más que mi marido. ¡*Pa* eso me he *casao!*

¡Y sonrió orgullosa de su virtud, ella que antaño supo ser mía... castamente!

Antonio de Hoyos y Vinent.

GUANTES...



—Nada, joven, que no me viene.



Hemos dirigido á varios ilustres amigos nuestros una pregunta en extremo transcendental:

En caso de flagrante adulterio,
¿cuál cree usted
que debe ser la actitud del marido?

Y desde el próximo número, si Dios quiere, por el orden que las recibamos, comenzaremos á publicar las respuestas, que van á ser, á lo que presumimos, todo un Tratado de legislación.



El confesonario

LOLA VELA

MUCHO trabajo me cuesta hacer esta confesión, pero comprometida ya, vamos á ella sin omitir detalle. ¡Otra que Dios, pus no faltaba más! O confesarme con todas las de la ley ó no confesarse nunca. Yo, por lo menos, no quiero ser sacrílega. Ahí va la única aventura que en cuestión de amores he tenido. Esto de la única, es un decir.

Cuando yo tenía dieciséis años y estudiaba el tercer curso del Magisterio, se me ocurrió una tarde faltar á clase y marcharme á pasear en unión de una compañera.

Poco habíamos andado, cuando nos encontramos con un muchacho (al cual yo había citado), que sin ser mi novio le hacía caso y me gustaba mucho; porque, señores... ¿A qué mujer no desequilibra un hombre moreno, morenazo, alto y fuerte, como él, con unos ojos verdes tirando á negros, de esos ojazos que con una sola mirada descubren todo su pensamiento? Digo, ¡y con las cosas que yo le adivinaba! Continuamos el paseo juntos, y cuando más entusiasmada me hallaba de su amor y le iba á dar el *sí* definitivo, se acerca á nosotros una muchacha joven y guapa, que para hacer notar su presencia á mi casi novio, no hizo más que darle un enorme puntapié en... en... vamos en la cuestión de atrás. El se volvió colérico para ver quién trataba esa *cuestión* con tan poca delicadeza, y entonces su indignación se trocó en espanto. No tuvo tiempo para volver de su asombro, pues la individua repitió con una bofetada que le dejó *atontado*, diciéndole al propio tiempo: ¡canalla, sin vergüenza! ¡Nuestro hijo muriéndose, y tú acompañando á otra mujer! ¡Ahora mismo voy á deshacerte á paraguazos!



LOLA VELA

Linda tiple del teatro Cómico.

El con el susto no podía hablar, y sólo decía: ¿Yo?... si, no... pero... ¿quién es usted? Y ella: ¡Ya lo sabes tú, ladrón, bandido, que me has robado mi honra; pues lo que es hoy me las pagas! (y accionaba redoblando los porrazos).

No sé describir todo lo que en ese momento me ocurría; casi estuve por pegarle yo también; pero me dió lástima y opté por tomar con mi amiga el primer tranvía que pasó.

Ha vuelto á pretenderme, y me ha jurado que todo era mentira, y que fué una combinación de un amigo suyo á quien yo le gustaba y quería tener el campo libre para hacerme el amor.

Casi lo creía por las pruebas que me presentó, más como me acuerdo de la cara de tonto que puso cuando lo abofetearon, ya no le hago caso, porque los tontos (aunque sólo sean por un instante) no me gustan.

Ya no he tenido más amores, casi por temor á que surja una señora con paraguas y me estropee la combinación.

Desde entonces á mi amor al Arte me atengo, sin que renuncie á un buen novio si mi suerte me lo depara, que no dejo de esperarle, sobre todo cuando algún buen mozo acercándose al oído me dice: «¡Olé las caritas serranas!».

Lola Vela de Val.

JULIO RUIZ

¡QUÉ cosas se ven llegando á cierta edad! Digo cierta edad por no decir los años que tengo.

Allá en mis mocedades, cuando un hombre conseguía favores de una mujar, los guardaba en el cajón de los secretos, y hoy se publican en LA HOJA DE PARRA. Es decir, que este periódico viene á dar al traste con los proyectos del hombre más reservado.

Y ¡no se respeta edad ni sexo. ¡Miren ustedes que pedirme á mí que cuente mis aventuras! Allá va una.

Era el año 68. Todo Madrid estaba revuelto; los ánimos muy excitados y la Revolución próxima á estallar. Dirigíame una noche al teatro de la calle de la Flor, donde yo empezaba á darme á conocer al público madrileño, cuando una turba me salió al encuentro y me obligó con muy buenas razones á que colaborase en su causa.

Mi colaboración se redujo á desempedrar una calle para hacer una barricada.



JULIO RUIZ

Como los elementos que proporcionaba el arroyo eran insuficientes, me obligaron (también con muy buenos modos) á subir á una casa y bajar colchones.

Llamo en el primer piso, y luego de hacer sonar repetidas veces la campanilla, sale azorada y á medio vestir una guapa mujer, de esas mujeres de la «edad media», ó sea de treinta á cuarenta años.

—¿Qué desea usted, caballero?

—Sus colchones.

—¡Atrevido!—dijo, tratando de cerrar la puerta.

—Sí, señora, atrevido, héroe por fuerza—la dije, escurriéndome dentro de la vivienda al mismo tiempo que ella cerró.

—Por Dios, caballero, no me comprometa usted, que soy viuda y aún está caliente el cadáver.

—Y yo... y yo también estoy cadáver si no me salgo con mi gusto.

—¡Es tan pronto!

—No hay tiempo que perder; ¡á la cama!

Yo estaba dispuesto á todo en aquellos momentos. El caso para mí era que los revolucionarios no pensasen que los traicionaba, porque me hubieran hecho pedacitos. La dama no sé cómo estaba. Desde luego muy hermosa. La cara roja; los ojos negros, muy brillantes; el pelo desordenado... Yo la contemplaba, y ¡me dolía tanto tener que quitarla los colchones! Pero no había remedio; yo no era sino una víctima más de la revuelta.

Al fin, me dispuse á cargar con los colchones y arrojarlos por un balcón. Pero —¡oh, asombro el mío!—en aquel precioso momento veo con sorpresa que, echándose en el lecho, dice aquella hermosa mujer:

—¡Sea! Quizás mi sacrificio le libre á mi difunto de los cuernos del Infierno.

¡Hay expiaciones horribles!

Yo, en vez de trabajar por la causa de la Revolución, trabajé por cuenta propia.

Y no les quiero decir á ustedes que aquella buena dama fué víctima de una barricada.

Julio Ruiz.

TRAICIÓN

Para el saladísimo actor y gran amigo Pepe Medina.

HERMANO lector: no busques á los protagonistas de esta pícara historia en el angosto y rojizo pasillo de Apolo, ni en la bodega de Eslava, y menos aún en el boulevard del teatro Cómico. Quizás en otro tiempo pasaron por allí; pero ahora no los hallarías.



Ella.—Entre las obras que han montado últimamente en el teatro de Price figura *Una vieja*

El.—¿Y qué?

Ella.—Que eso de montar *Una vieja* ha sido siempre de muy mal gusto.

Ello fué que una linda tiple, esbelta, morena, de ojos negros é historial famoso en los anales del género chico, era asediada por un noble castellano, guapo y joven á más de espléndido y mundano. En la conquista de tal hembra, aplaudidísima entonces en los papeles de muchacho, puso el mancebo tanto interés y entusiasmo, que las mejores flores perfumaron su camerino, y una sortija que, expuesta en una joyería de la Carrera, hizo suspirar de envidia á Madrid entero, fué á poder de la bella, que aceptaba regalos y negaba favores.

Tozudo siguió el noble su asedio; pero sin resultado. Una tarde, usando del recurso que le repugnó siempre, avistóse con la doncella de la tiple y oyó de su pico, muy bien dorado, las cosas más estupendas é irritantes que escuchara nunca galán enamorado.

—¡Pierde usted el tiempo, señorito; mi ama odia los pantalones!...

Y cuando la moza le hubo enseñado el tocador y la alcoba y ciertos objetos que sólo allí podían explicar su utilidad, rugió el hombre y ofreció solemnemente vengarse de la linda coqueta que de tal manera habíale burlado.

Con paciencia preparó el desquite. Fué de nuevo el galán enamorado que finge pasión loca; el dadivoso caballero que gusta de la esplendidez y el fausto. Y tan bien sabía fingirlo, que el teatro entero reía de lo que pensó estupidez y sólo era comedia. Ella misma, siempre despreocupada, lo advirtió; y primero con afecto, y después con simpatía, hizo que los maldicientes compañeros cesasen en su burla, viendo al galán prendido de su brazo.

El, no obstante, sentía asco cerca de aquella mujer. ¿Qué fenómeno le hizo cambiar así? ¿Por qué al mismo tiempo que la repugnancia en él, crecía el deseo en ella? ¿Despertó, al fin, el sexo? ¿Una curiosidad malsana hizo declarar á aquella enferma el amor más efusivo y violento?

El, impasible, resistía. El momento llegaba y su orgullo persistía.

Fué en un cuartito de Fornos, después de la cuarta. Ella, tentadora, se le ofreció enloquecida; él aguardaba á que el licor le ayudase. Bebían, bebían más, y los ojos verdes de la enamorada se iban cerrando, y la boca bermeja abriéndose en una sed hidrópica.

—¿No me quieres? ¡Ven!—decía ardiente.

—Mucho...

—¿Qué esperas?

—Calla; entra el camarero.

La cena era interminable: copa llena, copa vacía que tragaba la garganta de la hermosa mujer.

—¡Qué... calor!...—decía, desprendiéndose de algunas prendas.

—Bebe; tiene hielo.

—¿Es champagne?

—Champagne es. ¡Bebe!

Ya la bestezuela salió; se sentía abrasada y se quitó la ropa, la fina batista, la crugiente seda, que vistió para su deseado...

Era su cuerpo fino y elástico, de un color suave de canela y de tan pura línea que al más exigente escultor hubiera satisfecho. Toda ardores, ofrecíase al hombre con crispaciones de víbora; pero él miraba indiferente á la carnal escultura que le llamaba.

—¡Oye... verás... escu...cha!...

Le habló al oído. La repugnancia frunciósе en los labios del hombre, que empezó á golpearla.

—¡Duro... así!... ¡No sabes!... ¡Ella me pe... ga... más fuer...te! ¡Más!... ¡más!...

Se quedó, al fin, dormida. Y él entonces, con saña innoble, roció sus carnes con vino espumoso, y saliendo al pasillo, con igual ademán que pusiera al arrojar la carnaza á su jauría, comenzó á gritar como un loco:

—¡Aquí, Paco, Pepe; todos, todos los camareros!

En montón se estrujaron los hombres, y él siguió diciendo:

—¡Es para vosotros; os la re...galo; hartarse que... es de flor!

Y mientras, dando traspiés, bajaba por la estrecha escalera de amarillos peldaños, la servil chusma se empujaba fiera, queriendo profanar con sus manos ásperas y sucias la bella carne de la joven que quizá soñaba en aquel momento con un rubio caballero del cisne.

.....

Después de este suceso, ella salió de Madrid; él, dicen que avergonzado, fué tras de ella, pidiéndola perdón, según unos; martirizándola, según otros.

Es lo cierto que aquella tiple esbelta, morena, de ojos negros é historial famoso en los anales del género chico, no volvió á cantar en ningún teatro de la corte.

Algún camarero de Fornos la recuerda con remordimiento, lo cual no le impide decir alguna vez con voz emocionada:

—¡Aquello no lo veré más! ¡Qué banquete! ¡Qué banquete el de aquella noche!

Fernando Mora.



—Mira, la vecina del tercero ha tenido dos niños de un golpe.

—¡Toma! Como que es una mujer que tiene dos maridos...

JUGAR CON FUEGO

Se amaban con tal furia y tal exceso
Inés y Nicanor,
que acordaron sus bocas darse un beso
para calma su ardor.

Y, por no reprocharse acciones locas,
pensó el rubor de Inés
colocar un cristal entre sus bocas
besarse al través.

Su boca al vidrio, en amoroso encanto,
aplicó cada cual;
pero apretaron tanto... tanto... tanto...
que ¡se rompió el cristal!

Y hoy saben, sin que nadie se lo diga,
Inés y Nicanor
que no hay dique en el mundo que consiga
contener el empuje del amor.

Ramón López-Montenegro.

LOS HOMBRES DE BIEN

SORPRENDIDO don Eliseo, el jefe del negociado, cuando supo al detalle todo lo que ocurría, quedó punto menos que anonadado.

—Pero, ¿eso es posible?—preguntó á Gómez, el escribiente temporero que le refería aquella historia.

—Sí, señor, don Eliseo—contestó Gómez, ratificándose en lo dicho.

—Roncesvalles y la mujer de Guarrín se entienden; y esto no es un secreto para nadie, pues en el Ministerio todos lo saben menos el interesado.

—Pero ¿cómo ha podido ser eso?

—Es muy sencillo: Roncesvalles dió en visitar con sospechosa asiduidad la casa de Guarrín, cosa que al parecer nada tenía particular, tratándose de dos amigos y además compañeros de oficina.

La mujer de Guarrín es, como usted no ignora, bonita, alegre de cascos y sobre todo muy coqueta. Roncesvalles es un buen mozo en toda la extensión de la palabra, de agradable trato y amenísima conversación, y además un perdido muy simpático, constantemente perseguido por todos los prestamistas del Ramo, asediado por los sastres, sitiado por los zapateros, demandado por las patronas y amenazado por los camareros de café... porque es indudable que allí donde Roncesvalles entra, difícilmente se borra su huella... Todo lo cual constituye un atractivo irresistible para una mujer que, como la de Guarrín, se desvive por aquello que rebase los límites de la vulgaridad.

—Nunca lo hubiera creído en esa muchacha, á pesar de conocerla desde su más tierna edad.

—Hasta ahora, por fortuna, las cosas no han pasado de miradas ardientes, tiernos suspiros, expresivos apretones de manos y alguna que otra epístola incendiaria...; es decir, que aún no han pasado de lo que pudiéramos llamar el prólogo; pero es de suponer que si la ocasión les es propicia, no tardarán en entrar en materia, y entonces sí que no habría remedio posible para el mal.

—Pues hay que evitar que las cosas pasen á mayores.

—Soy de la misma opinión.

—Yo hablaré hoy mismo á esa loquilla con la doble autoridad que me dan los años y el haber apadrinado su boda con el pobre y confiado Guarrín; y en cuanto á Roncesvalles, hoy pediré al ministro su traslado para Canarias, que es el único medio de cortar de raíz estos amores.

✠

Don Eliseo Carranza, jefe de negociado del Ministerio, era la personificación de la bondad y de la honradez.

Viudo desde muy joven, consagraba su existencia al cumplimiento de sus deberes burocráticos y al cuidado de su hija Laura, único fruto habido en su breve matrimonio. Laura era una preciosa rubia de veinte primaveras, en quien don Eliseo cifraba todas sus ilusiones y esperanzas.

Lo único que preocupaba seriamente á don Eliseo era la idea de que algún afortunado mortal lograría despertar á su encantadora hija del sueño de inocencia en que aún vivía, robándole por lo menos la mitad de su cariño, cosa que al cabo tenía que suceder, obedeciendo á una ley natural; pero, afortunadamente, el temido momento aún no había llegado, y nadie, por consiguiente, le disputaba el amor de Laura, en torno de la cual mariposeaban los más apuestos galanes de la vecindad, ávidos de aspirar el purísimo perfume de aquella rosa de Mayo.

EL PÚBLICO DE LOS CINES



MANOLO DE LA TORRE

El «todo» de *España Nueva*. Inteligente, simpaticote, enamoradizo... Uno de los que en Madrid mejor «se las traen» con ellos y... «ellas»

Las noticias que Gómez le había comunicado respecto de los amores de la mujer de Guarrín con el afortunado Roncesvalles, habíanle preocupado seriamente; porque don Eliseo, no obstante sus años, no podía comprender que hubiese mujeres capaces de profanar la santidad del matrimonio con un amor criminal. Unase á esto que don Eliseo había sido el mediador en los amores de Guarrín con la que luego fué su esposa, apadrinando la boda y dándoles además como regalo un ascenso que gestionó y obtuvo del ministro, y se explicará cualquiera la honda preocupación que embargaba el ánimo del bondadoso jefe de negociado. Aquella noche, y cuando don Eliseo ponía en prensa su magín para conjurar el tremendo peligro que amenazaba la tranquilidad del desdichado Guarrín, se presentó en su casa Gómez, y sin más preámbulos le dijo:

—Don Eliseo, los acontecimientos se precipitan de modo alarmante.

—Pues, ¿qué ocurre?

—Que Roncesvalles y Carmen, la esposa de Guarrín, han decidido fugarse.

—¡Demonio!

—Lo he sabido por la criada, que es la *Celestina* de estos amores, y á la que he logrado sobornar por medio de un café con media tostada de abajo y la promesa de llevarle una noche á ver cómo ha quedado Eslava.

—Esto es lo más grave.

—Según me ha dicho la doméstica, mañana, á las tres de la tarde, le esperará ella en un coche en las inmediaciones del Obelisco de la Castellana, lugar que por lo solitario á ciertas horas, se presta muy mucho para esta clase de citas, donde acudirá Roncesvalles. Este ha sacado dos mil pesetas á un usurero, valiéndose para ello de la frescura que le caracteriza, cantidad con que ha presupuestado los primeros gastos de la fuga, y luego, ¡Dios dirá!

—Agradezco á usted, amigo Gómez, estas oportunas noticias, que, si como creo, son verídicas, me servirán para evitar que esos infames realicen su plan.

—Celebraré que así sea.

—Y así será; no lo dude usted.

✠

Al día siguiente, y media hora antes de la señalada para la fuga, acudió don Eliseo al lugarde la cita. Momentos después llegó la infiel esposa en una berlina, bien ajena del inesperado encuentro qne había de tener allí.

Apenas se detuvo el vehículo, acercóse don Eliseo, abriendo violentamente la portezuela.

—¡Don Eliseo!—exclamó Carmen aterrada.

—¡Carmen!—dijo él con severidad.

—¿Qué es esto, don Eliseo?—preguntó ella un tanto repuesta de la impresión que le había causado aquel inopinado encuentro.

—¿Y tú me lo preguntas, mujer ingrata?

—¡Don Eliseo!

—¡Ni una palabra más! Lo sé todo, y aquí vengo resuelto á que, de grado ó por fuerza, renuncies á cometer la mayor y más abominable de las infamias.

—Pero si yo...

—Te repito que estoy perfectamente informado de todo, y ahora agrego que tu proyecto de fuga con el imbécil de Roncesvalles no se realizará, porque aquí estoy yo para impedirlo á todo trance.

—¡Don Eliseo de mi alma, perdónenos usted!... Tiene usted muchísima razón para decirme esas cosas... pero yo estaba loca... ¡Yo no sé lo que iba á hacer! Ese hombre me arrastraba con la diabólica magia de su palabras, con el irresistible atractivo de sus promesas, con el fuego intenso de sus miradas... Yo he resistido con heroismo sus reiteradas instancias, acordándome de mis deberes, de la fe jurada ante el altar en día y momento solemnes, de mi marido, que es bueno y es honrado co-



JUGADORA DE BOLOS

(Escultura de Gerom)

mo ninguno... Pero ese hombre, que sin duda ha encarnado en el espíritu del mal, me sugestionaba, me atraía, me amenazaba... Yo tuve miedo, y cedí... Pero se lo juro á usted, don Eliseo, yo estoy arrepentida... Vamos, vámonos de aquí porque si ese hombre viene, no respondo de lo que aquí pudiese ocurrir...

—Sí, hija, sí; volvamos á tu casa, y olvidemos lo ocurrido. Torna á los brazos de tu esposo, y procura hacerle feliz, que bien se lo merece.—Y ambos ocuparon el carruaje, el cual partió hacia el domicilio de Guarrín.

✠

Consumada la meritoria obra de restituir al redil la oveja descarriada, don Eliseo regresó á su casa. Iba contento, satisfecho de la obra realizada, volviendo á su casa á una mujer á quien para ser feliz y hacer que lo fuera su cara mitad faltaba sólo un poco de voluntad y de arrepentimiento.

Católico de nacimiento, creyente por convinción, D. Eliseo pensaba que el cielo habría de premiarle lo que había hecho. Por el camino, recordando los pasos dados iba pensando en que los adagios son siempre cabales. Y sin querer musitaba una y otra vez: «Haz bien y no mires á quien».

Y volvía á pensar en el bien realizado, en que había evitado la vergüenza de un marido, la perdición de una mujer, que huyendo deshacía un hogar... Guarrín, si llegaba á enterarse algún día—y él pedíale á Dios que no—habría de agradecerle, de serle siempre deudor de lo que más aprecia un hombre de honor...

Y se frotaba las manos satisfecho, compalcido de haber sabido llenar su papel de amigo.

Al fin llegó á su casa. La portera le salió al encuentro y le saludó amable, pero triste. Después le entregó una carta de sobre chiquito y perfumado. Don Eliseo se colocó las gafas é investigó la dirección. Era letra de su hija, de Laura.

Inmediatamente leyó la misiva, que decía así:

«Papá de mi alma: Como sé que tú te opondrías resueltamente á mis relaciones con Carlos, temeroso de que robase mi cariño, y comprendiendo que sin su amor la vida sería para mí una carga insoportable, huyo con él, confiando en que tú disculparás esta falta en gracia de la razón que la motiva. Perdona á tu hija que no te olvida.

LAURA.»

Apenas hubo terminado la lectura de la carta, el infortunado D. Eliseo, aquel modelo de hombres de bien, se desplomó en el suelo como herido por un rayo.

Manuel Soriano.



Ella.—¡Dios mío, y pensar que este hombre pudiera ser mi padre!...

EL HOMBRE TERRIBLE

DESDE hace unos días en París se habla en todas partes de *El hombre terrible* casi con la misma atención con que se habló antaño de *El hombre del Bosque.*

Unos dicen que se trata de un desequilibrado, preso de locura erótica; otros que de un ladrón vulgar que se aprovecha del espanto que su traza y descompuestos ademanes de violador producen en sus víctimas, para robarlas más fácilmente. Sea como fuere, no cabe dudar que el autor de tantos atropellos escandalosos es un hombre extraordinariamente fuerte, ágil y avisado, pues que, hasta la fecha, los numerosos agentes que le persiguen no han logrado poner mano en él.

Es de advertir también que *el hombre terrible* tiene lo que los franceses llaman *le gont dificil;* esto es: «que no entra con todas, como romana del Diablo», sino que sus víctimas han de ser hermosas, elegantes y ricas. Porque él dirá:

—«Ya que las hace uno ese favor...»

El mes pasado, Mme. T... M..., que es mujer de gran belleza y pertenece á una opulenta familia de la colonia americana, paseaba por el bosque con su hija, una niña de nueve á diez años. Al llegar á cierto sitio, la niña se puso á jugar y Mme. T. fué á sentarse en un banco, bajo los árboles. A la sazón, no se veía alma viviente por ninguna parte.

De pronto, y como por resorte, apareció un individuo que, lanzando gritos inarticulados, arrojóse sobre Mme. T., y sujetándola por detrás, sofaldóla y comenzó á manosear aquellas intimidades á las que sólo los esposos tienen legítimamente derecho. Un momento después el sátiro, asustado por las voces de Mme. T. y de su hija, huía, despojando á la joven de una cadena de oro y de un portamonedas con trescientos francos.

Dos horas más tarde, el mismo individuo robaba á la señora de un importante hombre político, cuyo nombre los indiscretos periódicos han dejado entrever.

Hace pocos días, *cinco* señoras y señoritas, pertenecientes también á la buena sociedad parisina, charlaba en un rincón solitario del Bosque. De repente, un individuo que se había acercado, nadie sabe por dónde, se abalanza sobre ellas; las mujeres gritan y corren; el sátiro las persigue, y, al abrazarlas, las quita su dinero ó sus alhajas; al fin consigue adueñarse de la más bonita, á quien derriba al suelo, y luego de violarla y robarla, huye... ¡Y todo esto á media tarde y bajo los mismísimos bigotes de los agentes de la autoridad! Estas tristes hazañas indignan y asombran á París; no se habla de otra cosa. Por todas partes, los amigos se embroman diciendo:

—¿Pero, hombre... tiene usted valor para salir á la calle?

—¿Cómo?

—Vaya, no disimule usted; es inútil. Lo sé todo!

—¿El qué?

—Se que es usted *el hombre terrible.*



—¡...!

—Pues, hijo, es usted el primero que dice que no las pongo tiesas.